

Universidad Nacional de General Sarmiento – IDES
Doctorado en Ciencias Sociales
Aproximaciones a los estudios campesinos: clase, acción colectiva y subalternidad

Alumno: Diego Szlechter

**La intervención de las teorías de la modernización en la construcción de identidades:
pobreza e informalidad urbanas desde diferentes perspectivas**

Con los años hemos aprendido que todos los actores son fruto de una cierta “invención”, en la medida que la vida social es profundamente ambigua y que se la suele determinar por el discurso que sobre ella, y en ella, se emite.

José Bengoa, “25 años de estudios rurales”

Introducción

Si es cierto lo que sostiene Bengoa, por cuanto todo actor es en cierta manera inventado y que, en cierto momento, se dificulta la diferenciación entre la invención y el actor en sí mismo, se debe a que “no es fácil distinguir los desplazamientos de las miradas de lo que han sido los desplazamientos de las cosas” (Bengoa, 2003: 62). Este planteo lleva implícita la idea que determinadas políticas se fundamentan en teorías (o ideologías) que a su vez funcionan como mecanismos de construcción de identidades¹. Se supone que las teorías no quedan desligadas de las intervenciones que pueden llegar a suscitar sino todo lo contrario; son ellas mismas las que definen no sólo las miradas sino las cosas mismas e incluso la intervención sobre esas cosas. Si bien es posible discutir hasta qué punto los actores internalizan, naturalizan o introyectan las miradas que sobre ellos se tiene, es indiscutible la influencia que las construcciones teóricas hacen sobre ellos.

Es así como en este trabajo se intentará presentar desde diferentes ángulos, perspectivas y disciplinas la intervención que se realiza sobre la pobreza (los pobres) y la informalidad, determinando a su vez el universo de posibilidades de políticas para mitigarlos. No discutiremos en este trabajo las políticas que desde diversos organismos se llevan a cabo

¹ En su artículo, Bengoa sostiene que existe una cierta relación entre los sistemas de pensamiento y los sistemas de acción y, si bien acepta que es una relación muy compleja que en dicho artículo no se propone analizar, reconoce la transformación de la propia mirada de los indígenas en campesinos, mostrando “la paradoja de la relación estudios, miradas y realidad social” (Bengoa, 2002: 40 y 48). Claros ejemplos de la correlación entre las miradas y las cosas son los programas de inserción laboral al mercado y de desarrollo económico en los sectores marginales urbanos que llevan a que en lugar de exigir pan, se exija trabajo.

para mitigar la pobreza y la informalidad sino que nos centraremos en las teorías que dan sustento a las intervenciones.

El eje de este trabajo girará en torno a las teorías de la modernización, por que se hará uso de teorías alternativas más o menos alejadas de ésta para indagar hasta qué punto el discurso acerca de la pobreza y la informalidad está influido por dicha teoría. Es en sentido plural que utilizamos el concepto de teorías de la modernización, ya que es posible encontrar matices y miradas desde distintos ángulos que intervienen sobre el actor al cual apuntan e incluso la temporalidad (el momento histórico en el cual interviene la teoría) juega un papel fundamental para entender dichos matices.

Las teorías de la informalidad urbana

El sector informal urbano se compone de “actividades económicas con bajos niveles de productividad, que autoemplean a miembros de la familia, empleos con bajas remuneraciones, empleo ocasional, pobreza urbana, cinturones de miseria en las márgenes de las principales ciudades de América Latina, existencia de trabajos a domicilio, producción de servicios menores, viviendas precarias, formas tradicionales de conceptualizar el mundo y de ejercer la participación social y política” (Cortés en De la garza, 2000: 592).

Las diferentes teorías de la informalidad urbana poseen un anclaje en los estudios rurales, ya que no pocos conceptos analíticos de medios urbanos se constituyen en contraposición a medios rurales. Esto es así, ya que, como comenta Bengoa, en los últimos 25 años, en las sociedades rurales latinoamericanas se produjo un proceso de urbanización. Incluso la población rural ha disminuido, transformándose en población agrícola, o sea, trabajadores de empresas agroindustriales que ya no viven en el campo, sino sólo trabajan en él (Bengoa, 2002: 41).

La Teoría de los descampesinistas, que veían un proceso inevitable de destrucción de las unidades campesinas y que a la corta o a la larga se proletarizaría la fuerza de trabajo rural, migraría a las ciudades y se empobrecería cada vez más, no pudieron ver cumplidos sus pronósticos: los campesinos que abandonaron el campo no se proletarizaron (Bengoa, 2002: 53), sino que pasaron a formar parte de los sectores marginales o informales urbanos, esas masas de personas humanas que, según el autor, no quedarían incluidas en ninguna

categoría social claramente detectada por las Ciencias Sociales, pero que sin embargo otros autores citados más adelante dieron en llamar los SIU (sistemas informales urbanos). A este sector Bengoa los definía como “una nueva masa poblacional sobre la cual tenemos muy poco que decir y de la que los intelectuales y científicos sociales latinoamericanos sabemos muy poco ya que la tratamos de aprehender con categorías añejas, europeas, norteamericanas, y sin imaginación sociológica” (Bengoa, 2002: 54).

Una de las teorías que interviene en la construcción de dicho sector es la desaliana, que a su vez se inserta dentro de la teoría de la modernización (Cortés en De la garza, 2000:594). Esta ve a la sociedad dividida en 2 grandes sectores: uno tradicional y otro moderno. “El proceso de modernización de la sociedad conlleva flujos migratorios campo-ciudad, y en el proceso de tránsito un problema de asimilación urbana” (Cortés en De la garza, 2000: 594). Los individuos marginales son identificados como aquellos que cumplen con ciertos indicadores individuales que los hacen más o menos tradicionales. Lo que se propone esta teoría sustentada en la de la modernización es transformar los valores de los marginales y así lograr “una sociedad que pueda explotar los frutos de la técnica moderna, defenderse de los rendimientos decrecientes y gozar de los beneficios y opciones al progreso a ritmo de interés compuesto” (Rostow citado por Cortés en De la garza, 2000: 594).

Otra teoría que interviene en el concepto de informalidad, que si bien es antagónica de la teoría de la modernización, posee un enfoque dualista como ésta, es la de la marginalidad económica, sustentada en la teoría de la dependencia². Esta teoría alega que en el proceso de desarrollo de las economías capitalistas dependientes, algunas actividades que fueron centrales para la acumulación capitalista se transforman en actividades marginales (Cortés en De la garza, 2000: 594). “De aquí que aparezcan (...) actividades económicas marginales que emplean una población que podría conceptualizarse como población excedente relativa o ejército industrial de reserva” (Cortés en De la garza, 2000: 594). A diferencia de la teoría desaliana, la unidad de análisis pasa de estar centrada en los individuos para focalizarse en la actividad económica.

² Esta interpretación marxista nació como contraposición a la visión desarrollista de los 60, que veía en la marginalidad un fenómeno transitorio destinado a desaparecer por el simple efecto del crecimiento económico. En cambio, la visión dependentista pone énfasis en las condiciones estructurales de la dependencia, dentro de las cuales el crecimiento económico autónomo y la superación de la pobreza no eran posibles (Bergesio, 2004: 3).

Una tercera vertiente que interviene en la construcción de los sectores marginales es la de la OIT, organismo que acuñó el concepto de sector informal urbano. El marco teórico que le otorga sentido al sector informal está compuesto por la teoría cepalina y la teoría de Lewis: “Le teoría de Lewis plantea una economía con 2 sectores: el de subsistencia y el capitalista. El fondo de subsistencia en el primero de estos sectores se encuentra por debajo de la productividad del segundo, por lo que el capitalista puede absorber el exceso de fuerza de trabajo del sector de subsistencia ofreciendo un salario levemente superior a la productividad media, sin afectar la producción de aquél” (Cortés en De la garza, 2000: 595).

Es necesario detenerse en la perspectiva de la OIT dada su heterogeneidad en el desarrollo histórico del concepto de sector informal urbano y, por otro lado, debido al papel central que ha jugado en la implementación de políticas destinadas a dicho sector.

La aplicación de políticas en el sector urbano se puede dividir en 3 etapas, de acuerdo a los informes en los cuales se basaron.

- 1) La década del 70 con el informe de Kenia: el tipo de desarrollo que se quería fomentar desde la OIT estaba basado en generar actividades que usaran poco capital y que fuesen intensivas en el uso de mano de obra. Para tal propósito, era necesario reclutar al Estado para que tenga una actitud positiva hacia el SIU. Se proponía eliminar patentes y permisos para operar (promover que la gente trabaje, eliminando obstáculos burocráticos), fomentar la producción de bienes del sector informal (se basaba en la idea de un desarrollo de la producción nacional y, por último, llamaba al Estado a tener un rol activo, comprando bienes y servicios al sector (aumentar los mercados del SIU aumentando la demanda para sus productos) (Bergesio, 2004: 3).
- 2) La década del 80 con un artículo escrito en PREALC: en este período es cuando se comenzó a asociar la informalidad con la extralegalidad (y, por ende, con la pobreza). El empleo en el sector informal fue caracterizado como subempleo, dado que se componía de trabajadores que no lograban incorporarse a lo que se denominaba “economía moderna”. En los países subdesarrollados, el llamado sector moderno no poseía la capacidad necesaria para generar empleos en cantidad suficiente, dado que existe un exceso estructural de mano de obra: el ritmo de

acumulación capitalista no crea puestos de trabajo “modernos” en la cantidad suficiente para absorber la oferta existente, oferta inducida tanto por el crecimiento natural de la población como por las migraciones campo-ciudad. Como características adicionales, este sector poseía bajos niveles de productividad y baja capacidad de acumulación. El SIU era presentado como una fase en el camino hacia mercados completamente competitivos. La dinámica del sistema depende del desarrollo del sector formal, por lo que el foco del análisis teórico se centra en dicho sector llamado también moderno; es el sector informal el que debe sumarse al formal. Se hace necesario elevar la productividad y los ingresos de los ocupados en el SIU, mejorando las condiciones económicas y sociales de la actividad informal y transfiriendo ocupados a otro sector, pero no se indica a cuál sino que se hace hincapié en la disminución de la proporción de ocupados en el SIU. (Bergesio, 2004: 4 y 5). Las políticas estatales que se proponen (capacitación, apoyo financiero y fortalecimiento tecnológico) fijan como parámetro al sector formal, por lo que cualquier capacitación debe centrarse en el dinamismo de dicho sector. Reconversión y empleabilidad pasan a ser variables determinantes en la fijación de dichas políticas. De esta manera, se hacía necesario erradicar actividades que no tengan potencial de crecimiento a través de la transferencia de los allí ocupados a otro sector (reconvirtiendo a los beneficiarios de las políticas a otras actividades informales más dinámicas o reconvirtiéndolos para trabajar como asalariados del sector formal) (Bergesio, 2004: 6). De aquí surge la similitud con las teorías de la modernización.

- 3) La década del 90 con la memoria del Director General y el Informe del Empleo en el Mundo: el sector informal pasa a ser denominado no estructurado, dinámico e integrable a la sociedad. La diferencia con el SIU estriba en que incluye ámbitos rurales y urbanos. No intenta sólo generar empleo dentro del mismo sector (dado los menores costos respecto del sector estructurado), sino que propone desarrollar un sector dinámico (protegido) que logre una integración progresiva a la sociedad, superando la exclusión social. De esta manera, de acuerdo con esta corriente, se hace posible incluir en términos económicos al sector no estructurado, promoviendo lo que se denomina una ciudadanía económica o empresarial (ciudadanos con

derechos y deberes). Dentro del sector no estructurado, el segmento modernizador es presentado como modelo, por lo que se hace necesario su acceso al crédito, a insumos productivos y al conocimiento de técnicas adecuadas de producción, así como su vinculación con el sector moderno y estructurado. Para tal propósito, es necesario a su vez incentivar al sector estructurado, próspero y dinámico (Bergesio, 2004: 7). El bienestar de los pobres (que no es contemplado) pasa a ser un derivado del desarrollo en áreas laborales. Incluso cuando se propone un paquete de políticas entre las cuales se incluye un cumplimiento progresivo de la legislación laboral en el interior de los establecimientos que pertenecen al sector y se hace excepción a las legislaciones relativas a los Derechos Humanos, no queda muy claro la diferenciación entre una norma que viola un Derecho Humano y otra que no, más allá de su legalidad o ilegalidad. No queda claro, a modo de ejemplo, si el acoso moral en el trabajo (mobbing) queda temporalmente permitido o no.

El hilo conector de estas 3 etapas en el desarrollo de las teorías de la OIT, es posible encontrarlo en el privilegio que le otorga hacia los aspectos estructurales de la sociedad, por lo que se hace hincapié en políticas que descansan en el papel económico del Estado (Bergesio, 2004: 8). La solución al problema del sector no estructurado está fuera del sector (en políticas macroeconómicas y en la reactivación de las grandes empresas de las cuales depende el SIU) (Bergesio, 2004: 9). Es así como se construye la identidad del pobre desde la carencia de ciertos atributos que se encuentran por fuera de la estructura en la cual se desenvuelven. Incluso el indicador de extralegalidad incluye aquellas actividades que pueden llegar a ser consideradas como legales en el sector formal (como pequeños comercios de barrio) como a actividades de narcotráfico o para la producción de insumos para empresas formales (como los talleres de costura) (Bergesio, 2004: 9). El pobre sería una suerte de extralegal con potencial de ser integrado a la legalidad en forma paulatina con políticas adecuadas. Pareciese como si los atributos informales fuesen definidos desde un lugar más apropiado. Esta escuela, de carácter estructuralista, cuya actividad programática se centra en el PREALC, ve en el SIU un “mecanismo de supervivencia en respuesta a la insuficiencia moderna en la creación de empleos” (Bergesio, 2004: 2).

Resultan sumamente sugerentes 2 críticas que realiza Neffa en el artículo de Bergesio (2004) al dualismo formal-informal, ya que de esta manera es posible comprender los parámetros según los cuales se construye la identidad del marginal urbano como eventual sujeto de intervenciones estatales a través de programas de inserción de diversa índole al sector llamado moderno, dinámico, con alto nivel de productividad, estructurado, etc.: 1) cuando se describe al sector informal como no organizado o no estructurado, se afirma, por el contrario, que es sólo en el sector formal o estructurado que existe la organización y la estructura. En el sector informal no habría ni racionalidad ni coherencia en sí misma y su función sería simplemente la de ser una sala de espera, hasta que se den las condiciones para entrar al sector informal. 2) al circunscribir la distinción formal-informal sólo al sector urbano y considerar, por oposición, al sector rural como homogéneo, el paso desde el sector rural al urbano y del informal al formal se reduciría a un proceso migratorio o de simple movilidad entre las unidades productivas (Neffa en Bergesio, 2004: 10).

Estas teorías analizadas hasta aquí, si bien parten de marcos conceptuales muy diferentes acerca de la pobreza y la informalidad, poseen un denominador común: dichas discusiones no toman en cuenta (¿ocultan?) una dimensión fundamental y menos normativa de los sectores marginales o subalternos: las posibilidades de la organización de los sectores marginales para ejercer demandas sobre el aparato del Estado, así como para montar proyectos alternativos de sociedad. (Roberts, citado por Cortés en De la garza, 2000: 596)

Dos corrientes aparentemente divergentes utilizan actualmente el concepto de sector informal: por un lado Castells y Portes, que no lo consideran como una condición individual, sino “un proceso de una actividad generadora de ingresos, en un ambiente legal y social en el cual actividades similares son reguladas. Esta diferencia –en la legalidad- es la que le confiere una ventaja competitiva a las organizaciones informales sobre otras” (Castells y Portes citado por Cortés en De la garza, 2000: 597). Por otro lado, desde el sector neoliberal, Hernando de Soto considera que “no son informales los individuos, sino sus hechos y actividades (...) constituyen una zona de penumbra que tiene una larga frontera con el mundo legal y donde los individuos se refugian cuando los costos de cumplir las leyes exceden sus beneficios” (De soto citado por Cortés en De la garza, 2000: 597). Bergesio (2004) sostiene que esta corriente neoliberal, representada por el ILD considera que las “actividades informales son consideradas como un signo del dinamismo

empresarial popular, donde la gente vuelve a tomar en sus manos algo del poder económico que los agentes centralizados querían negarle (Bergesio, 2004: 2). Estas 2 corrientes centran su unidad de análisis en las actividades económicas y su marco de referencia es el continuo legalidad-extralegalidad (paralelo al formal-informal).

Si bien la unidad de análisis de estas teorías se centra ya sea en los individuos o en la actividad económica, todas tienen en común un enfoque dualista: “marginales al proceso de modernización, actividades marginales a la acumulación capitalista, actividades informales en función de la tecnología y la localización en los mercados, o informales por ser extralegales” (Cortés en De la garza, 2000: 598). En ningún lado figura un enfoque que se centre en una solución a la marginalidad que tome en cuenta los propios intereses de los grupos subalternos sino en función de la modernización, de la lucha de clases, de la tecnología, de la entrada a los mercados competitivos, de la legalidad, etc.

Es interesante destacar que tanto la teoría que toma como unidad de análisis al individuo (desaliana o de la modernización) como las demás (marxistas y neoliberales), que toman como unidad a la actividad económica, comparten la tesis de que “es necesario pasar de una etapa a otra consecutiva en una trayectoria que debe ser compartida por todos los países” (Cortés citado en De la garza, 2000: 600).

Existen tres puntos acerca de los cuales todas las teorías del desarrollo coinciden: 1) la importancia de la actividad comercial como motor del desarrollo 2) el papel central que juegan los grupos empresarios en dicha mecánica y 3) las instituciones del mercado. Sin embargo, es la llamada Teoría dual la que adopta con mayor énfasis estas posturas. Esta teoría sostiene que mientras la transición entre la sociedad tradicional y la moderna se desarrolla, aparece una sociedad híbrida, en la cual conviven las 2 sociedades (Rutledge, 1987: 18 y 19).

Es necesario aclarar que la teoría de la modernización proponía un cambio de valores en los marginales para que sean absorbidos en la parte moderna y productiva de la sociedad, mientras que la teoría neoliberal (de De soto) ve en cada “sujeto informal” un individuo con capacidad empresarial dinámica que ven trabadas sus facultades debido a la maraña burocrática del Estado. Uno propone una solución “paternalista” y el otro una solución darwiniana en la cual todos tenemos una cierta capacidad productiva y competitiva

(llamada dotación de recursos) que, sin las ataduras burocráticas del Estado, pueden ser desplegadas, quedando así eliminado el sector informal o marginal...

Es sumamente interesante observar la manera en que el mismo capitalismo desarrolla determinadas formas de informalidad y extralegalidad que redundan en beneficio propio. El capital construye en cierta manera la identidad informal. La informatización pasó a ser una de las estrategias del capital en los centros desarrollados (de los países desarrollados e incluso de los subdesarrollados) para alcanzar un mayor grado de adaptación a las fluctuaciones de la demanda y minimizar costos (Cortés en De la garza, 2000: 601). En otras palabras, se centraliza el diseño y la información respecto al proceso global, desconcentrando la actividad productiva misma. Esto no sucede sólo al interior de las empresas transnacionales mismas, sino que se produce una tercerización de la producción, ya sea transformando a los obreros en pequeños “empresarios” que corren con los riesgos propios de la inversiones que solían correr las grandes empresas, o simplemente enmascarando la relación laboral y proveyéndose de obreros sin derechos laborales, ya que debido a la tercerización ya no pertenecen a la empresa.

Tanto los argumentos neomarxistas, neoliberales, de la OIT-PREALC y de la CEPAL³, desarrollan sus análisis de los sectores informales a partir de la teoría económica que “intenta dar cuenta del comportamiento de sociedades con racionalidad económica” (Uthoff y Rivero, citado por Cortés en De la garza, 2000: 604). Pareciese haber un acuerdo entre estas teorías esbozadas hasta aquí que supone una sociedad estructurada en torno a las relaciones sociales de producción y si bien las que priman son las de producción capitalistas, coexisten con actividades no capitalistas, consideradas como informales o marginales, las cuales deben sumarse al desarrollo capitalista. En las 3 perspectivas existe un enfoque “etapista” en el sentido de un tránsito de una etapa a la otra. En el neoliberalismo, las etapas se agotan en el pleno desarrollo capitalista moderno; en el marxismo, luego del paso por el capitalismo, se llegaría al socialismo. En el enfoque OIT-PREALC, si bien no hay etapas, existe un problema de desarrollo, o sea que el problema estriba en incorporar a los sectores marginales al “dinámico mercado capitalista latinoamericano”.

³ Durante los 90, la CEPAL publicó un informe llamado “Las relaciones agroindustriales y la transformación de la agricultura”, en el cual se dan pautas de modernización del sector rural. Sin embargo, es posible traducir sus recomendaciones al sector informal urbano, ya que generalmente existe una coherencia macroeconómica que subyace a las recomendaciones de los organismos multinacionales de promoción del desarrollo económico. Habla el informe acerca de una “transformación productiva con equidad” (obviamente equidad no es sinónimo de igualitarismo), agregando que “se hace necesario mejorar la competitividad de los diferentes sectores”. La manera que proponen para aumentar dicha competitividad es a través de “vincularse en buena forma a los mercados y a las fuentes de financiamiento e información tecnológica” (Bengoa, 2002: 55). La idea que subyace al aumento de la competitividad es la del “nicho”, vocabulario funerario utilizado por economistas y administradores para explicar que la única vía del crecimiento “sostenible” es encontrando oportunidades de producir bienes y servicios diferenciados (diferenciación ficticia o aparente, no importa) con una alta rentabilidad. En síntesis, así como se buscan “farmers” en el campo, se buscan pequeños empresarios con orientación mercantil y a la ganancia en los medios urbanos. Por sobre todo, lo que se pretende en la práctica, es que corran ellos mismos con los riesgos de toda actividad productiva en los mercados. Los fundamentos de los programas para aumentar la competitividad de las empresas y de los trabajadores se enraízan en la explotación del trabajo, o sea, en los bajos salarios, la precariedad del empleo y la pobreza de las familias (Panorama social de América Latina, citado por Bengoa, 2002: 57). Lo que se promueve como libertad es en realidad precariedad de vida, pero esta “libertad de los individuos en el mercado provoca satisfacción y espanto” (Bengoa, 2002: 94). Satisfacción quizás por el imaginario de la libertad de “elegir” a quién venderle la fuerza de trabajo, pero espanto “por el temor de no saber si se tendrá algo para comer al día siguiente” (Bengoa, 2002: 94). De pronto, a diversos sectores informales urbanos les genera nostalgia de un paraíso perdido (incluso a los que ganaron con la modernización). La razón de esta nostalgia radica en que la “libertad” y el aumento del estándar de vida se produce al precio de un aumento de la vulnerabilidad. No obstante, es necesario aclarar que existe una diversidad de razones por las cuales los sujetos de los sectores pobres urbanos muchas veces se adscriben con ahínco a los programas de desarrollo mencionados. Sin embargo, un argumento muy fuerte es sostenido por Bengoa: “Las ciudades provocan el imaginario hacia la libertad, hacia la realización personal, pero no han logrado, con excepciones muy determinadas apelar al mundo oscuro y silencioso de los significados colectivos” (Bengoa, 2002:93).

En las diversas teorías “informalistas”, la construcción de identidades incluye la implementación de medidas políticas. Esta es la forma de intervención que hace borrar la diferencia entre el “desplazamiento de las miradas y las cosas”, como diría Bengoa. Así como el autor sostiene que el mundo rural ha sido observado siempre desde la óptica de las culturas urbanas (generalmente miradas hegemónicas urbanas), son estas mismas visiones las que miran al interior mismo de los sectores urbanos. La pérdida de autonomía cultural de los sectores campesinos, producto de la homogeneización con sectores “modernos” urbanos, trajo aparejada de hecho una profundización del trabajo asalariado y un aumento de la inseguridad. Es en ese momento cuando resurgen viejas identidades para generar una sensación de contención y de seguridad (Bengoa, 2002: 68). Esta pérdida de autonomía es similar a lo que sucede en los sectores urbanos “marginales”, que se adaptan a la mirada del observador a través de ofertas desde el estado, las ONG’s y los organismos de desarrollo, si bien son en realidad adaptaciones de “supervivencia”, como señala el autor (Bengoa, 2002: 42).

Es sumamente ilustrativo cuando en los planes de desarrollo y de inserción de los sectores informales al mercado formal, se les hace capacitación para adaptarse a la sociedad tecnologizada. Bengoa, sarcásticamente, se pregunta qué puede hacer un sujeto de 57 años, luego de todos los terremotos rurales que ha pasado, “si va a tener ganas de innovar, cambiar de cultivos, reciclarse, renovarse, ponerse competitivo, agresivo, o globalizarse” (Bengoa, 2002: 77). ¿Es esto acaso deseable en términos de construcción identitaria en los medios urbanos informales? Los planes sociales, presentados muchas veces en formato de proyecto, pero que en general son subsidios disfrazados, lo que consiguen es transformar a los sectores informales urbanos en “objetos de compasión, sin perspectiva de desarrollo autónomo” (Bengoa, 2002: 78).

La corriente neoliberal liderada por De soto, considera que dentro del sector existen empresarios informales innovadores cuya energía es ahogada por la burocracia del estado, por lo que para pasar a una sociedad capitalista madura es necesario eliminar las barreras legales. Este sector informal constituye un “tercer país, que constituye lo que nosotros llamamos “el otro sendero”: el país que trabaja duro, es innovador y ferozmente competitivo y cuya provincia más resaltante es, por supuesto, la informalidad” (De soto citado por Cortés en De la garza, 2000: 605).

En el enfoque de la OIT, el diagnóstico que se deriva de su teoría “informalista” se basa en la reactivación económica, promoviendo la industrialización y la rectoría estatal, siempre con el objetivo de sumar a los sectores menos productivos y dinámicos a la corriente industrializadora llevando a elevar los niveles de productividad que a su vez redundará en la desaparición de la marginalidad⁴. En síntesis, lo que propone esta corriente es una mezcla de medidas micro y macrosociales: en el nivel macro, se propone una política económica keynesiana, con acento en el problema del empleo y la distribución del ingreso. En el nivel microsocioal, la propuesta se basa en utilizar la “capacidad productiva” de cada miembro del sector informal, dotándolo de racionalidad económica capitalista a este pequeño empresario. En este sentido, se resalta la importancia de la sindicalización de los trabajadores del sector informal⁵, proponiendo como camino no sólo un cambio de reglas y estructuras, sino la transformación de sus mentalidades (Oficina de actividades para los trabajadores, 2006: 4). La raíz del problema de la informalidad es de mentalidad, organización y productividad⁶. Las recomendaciones de la OIT pasan por mejorar la infraestructura de los barrios y ciudades que viven los sectores informales (camino, medios de comunicación), ya que esta deficiencia “menoscaba la productividad de los trabajadores de la economía informal y, por lo mismo, sus posibilidades de prosperar y progresar” (Oficina de actividades para los trabajadores, 2006: 10). Pareciese como si pobreza y alta productividad son conceptos antagónicos. Existe una proyección lineal dentro de la OIT en la cual mayores niveles de productividad llevan necesariamente a la disminución de la pobreza. En síntesis, dentro de la OIT PREALC, ningún cambio en el

⁴ “En el nivel microsocioal, PREALC ha puesto en práctica experiencias piloto con microempresarios del sector informal de algunas ciudades de América Latina, a los que ha provisto de crédito, capacitación gerencial y capacitación técnica” (Mezzera citado por Cortés en De la garza, 2000, 607).

⁵ Es sumamente sugerente la observación que hace Bengoa acerca de los intentos de sindicalización de los asalariados agrícolas, ya que concuerda con los intentos de hacer lo mismo con los del sector informal urbano: la mayoría de la masa de trabajadores se encuentra en condiciones de trabajo precario y temporal, sin ningún tipo de organización (Bengoa, 2002: 57). Como no se propone un debate acerca de las desigualdades en las relaciones de intercambio, por ejemplo, lo que termina sucediendo es que las recomendaciones de la OIT se transforman en palabras agradables sin especificidad concreta en la realidad.

⁶ En este sentido, es interesante destacar la “ética de trabajo” que propone la OIT: en su intento de sindicalizar a la mayor cantidad de gente dentro del sector informal, fomenta la inclusión de mujeres dentro de los niveles decisorios de los sindicatos. Para tal propósito, sugiere el establecimiento guarderías para sus hijos y horarios de reunión adecuados (OIT, Oficina de actividades para los trabajadores, 2006: 5). Si bien se debe reconocer el intento de movilización femenina, no deja de ser paradójico que se siga sin reconocer a la reproducción de la vida como un trabajo tanto como otros ligados a la productividad material.

sistema es propuesto, sino asesorías técnicas en microemprendimientos y en módulos de actividades empleables dentro del mercado capitalista competitivo.

Existe otra vertiente dentro del informalismo que busca cierto cambio estructural en el sistema. Este ve en los sectores marginales como sujetos sociales de transformación social y en lugar de establecer prácticas de inserción laboral al sistema productivo capitalista, destaca el papel de los empresarios populares que han demostrado habilidades para llevar a cabo actividades económicas orientadas a la ganancia, a la creación de riqueza, a la productividad y la creatividad tanto como los empresarios capitalistas (Villarán citado por Cortés en De la garza, 2000: 608). Si bien hay que reconocer en esta vertiente la práctica de la acción colectiva tanto a nivel barrial como a nivel nacional (proyecto político en el cual el actor principal es el movimiento popular), el papel central sigue siendo el de un actor –el empresario “popular”- provisto de racionalidad económica capitalista, si bien con fines sociales.

Bergesio (2004) propone una visión alternativa a la visión dual formal vs. informal, en la cual se piensa a la economía como conformada por un continuo que incluye “desde la autoproducción doméstica de subsistencia, no medida por relaciones monetarias, en donde no es posible cuantificar el valor de lo producido, pasando por micro-empresas unipersonales; pequeñas, medianas y grandes empresas” (Bergesio, 2004: 10). Esta visión toma en cuenta las relaciones de subordinación y dependencia en las actividades económicas que existen dentro de una matriz productiva y en la cual ciertos sectores (hegemónicos) tienen el poder para “regular el espacio, las condiciones de operación y la existencia misma de los demás sectores” (Aspiazu, citado por Bergesio, 2004: 10). Esta visión alternativa propone “reconocer no sólo la heterogeneidad en las ocupaciones sino, específicamente, sus trayectorias (...) de tal forma que el concepto más abarcador no fuera trayectoria laboral sino trayectoria de trabajo y reproducción de la fuerza de trabajo” (Bergesio, 2004: 12). Asimismo, “esta visión cuestiona también que los límites de la empresa sean las unidades naturales de análisis del trabajo; tal vez nunca lo hayan sido, aunque materialmente las jornadas continuas de tiempo completo parecían escindir los mundos de vida, pero el de la subjetividad tal vez siempre fue más libre para seguir vinculándolos, a pesar de la gran industria y el taylorismo” (Bergesio, 2004: 12). Lo que se está proponiendo es un cambio sustancial en la mirada del sector marginal (y en realidad de

todos los sectores), ya que en lugar de tener miradas estáticas, se haría necesario complejizar la problemática, pasando a tener miradas mucho más dinámicas, “menos escindidas entre lo laboral y lo que no lo es” pasando a aceptar la posibilidad de “sujetos con identidades socio-culturales en la cadena del trabajo y la reproducción” (Bergesio, 2004: 12).

Bergesio propone una perspectiva antropológica en el análisis de la complejidad del fenómeno de las relaciones entre sectores subalternos y hegemónicos. Para comprender la totalidad en la cual está inmersa la subalternidad, la autora sugiere aproximarse “a las vivencias y percepciones de sus protagonistas, emprendiendo la tarea con ellos/as, a partir de ellos y ellas. Para lograrlo es necesario dejar de lado tanto la utilización de categorías que han perdido toda su conexión con su relato empírico, haciendo de la experiencia de los hombres y mujeres epifenómenos, expresiones residuales, derivaciones o hasta interferencias, como del idealismo ingenuo que parte de la suposición de que se puede reconstruir la realidad apoyándose exclusivamente en la subjetividad de quienes la viven, pero ignorando en el análisis las determinantes estructurales de la sociedad” (Bergesio, 2004: 13).

La construcción del concepto de pobreza en las Ciencias Sociales

La construcción de la sociedad argentina se construyó bajo un paradigma dualista fiel a “la sentencia sarmientina⁷ que postulaba una nación dividida entre un polo bárbaro y tradicional y un polo civilizado y moderno” (Guber y Visacovsky, 2000: 290). Desde el paradigma de las Ciencias Sociales y específicamente desde la Antropología social, se intentó elaborar una definición alternativa de la Nación argentina (Guber y Visacovsky, 2000: 290).

Si bien la antropología prestó asistencia al estado para consolidar esa ideología nacional, en los 50 y 60 la realidad fijó sus propias pautas que contradecían a las utopías modernizadoras de las elites liberales (Guber y Visacovsky, 2000: 292). La idea que

⁷ Esta, a su vez, se basa en lo que habitualmente se denomina “La Teoría liberal”, cuyos adherentes representaban a la oligarquía de mentalidad pro-británica de Buenos Aires, la cual favorecía el libre comercio y el establecimiento de vínculos comerciales con Europa. Así, tal como decía Sarmiento en su sentencia “civilización o barbarie”, “la sociedad y la cultura de Buenos Aires, fuertemente impregnada por los valores europeos, representaba la civilización”, mientras que las sociedades tradicionales de las provincias representaban la barbarie y el atraso (Rutledge, 1987: 12).

subyacía a esta ideología era modernizar a las sociedades tradicionales internas (y pobres). “Particularismo cultural y desarrollo se consideraban incompatibles”, por lo que la tarea de la antropología era estudiar a los sectores cuyas tradiciones obstaculizaban su acceso a la modernidad (Guber y Visakovsky, 2000: 292). La idea de Nación que la antropología ayudó a construir se basaba en una idea de Nación blanca, moderna y europea, dentro de un mar latinoamericano mestizo, incorporando por contrato y no por lazos étnicos a los diferentes grupos tradicionales (Guber y Visakovsky, 2000: 292). La igualdad ciudadana era sinónimo de homogeneización cultural (hacia la idea de modernidad). Estas perspectivas “modernistas” poseían una base teórica similar a la Teoría de la modernización blanca de EEUU de la década del 50, cuyo exponente principal era T. Parsons (Rutledge, 1987: 16). Redfield, en 1947, comparaba los fundamentos de la sociedad folk con los del mudo urbano⁸, señalando que este último “se rige por el criterio racional de la economía moderna, dentro de la cual, el cambio acelerado de situación social y la creciente diferenciación económica y social son totalmente aceptados”; por otro lado, en la sociedad folk “la adjudicación de prestigio y status (...) no se basa en logros económicos alcanzados, sino en factores de adscripción, tales como la posición de parentesco y la edad” (Rutledge, 1987: 16 y 17). Según Redfield, una vez que las sociedades tradicionales se abrían a la “marea” de la modernización, sumándose al proceso de desarrollo económico, éstas serían conducidas a un mejor estándar y calidad de vida⁹.

Siguiendo la línea de Parsons, Hoselitz considera que el cambio en el sistema de estratificación social es una preocupación en el desarrollo económico. La tan mentada “movilidad social” pasa a ser fruto de la inserción de sociedades arcaicas, con un sistema de clases rígido y represivo, al motor del desarrollo y el progreso, ya que estas nuevas sociedades se basan en relaciones universalísticas, libres, contractuales, afectivamente neutrales y orientadas a una empresa específica¹⁰. Hoselitz considera que los nuevos

⁸ Dice Redfield, que la sociedad rural folk “se constituye en función de la existencia de las ciudades”, por lo que “es una categoría de oposición” (Redfield citado por Bengoa, 2002: 42).

⁹ De Imaz rechazaba tajantemente las premisas de las Teorías de la modernización por carecer de criterios de verificación científicos: “mientras no exista ningún método a través del cual se pueda especificar cuál es el grado de retraso o de lentitud para ajustarse esperable, la mayorías de las Teorías de la modernización resultan imposibles de ser puestas a prueba y por lo tanto carecen de valor científico” (De Imaz, citado en Rutledge, 1987: 39).

¹⁰ La conveniencia de otorgar libertad a los trabajadores para que puedan ofrecer su fuerza de trabajo quedó bien establecida por Weber: éste sostenía que, en general, la utilización de esclavos “es menos favorable, en

valores económicos que promueve el desarrollo económico, producen cambios en la estructura normativa de las sociedades tradicionales, como ser el mercantilismo y la orientación a la ganancia (Hoselitz, citado por Rutledge, 1987: 35).

Sin embargo, es necesario reconocer que el desarrollo del capitalismo ejerce cierta influencia sobre los parámetros normativos de las sociedades “integradas” a dicho sistema. Marx considera que la condición para el desarrollo del capitalismo es que el empresario y el trabajador se encuentren en el mercado en base a una “igualdad de derechos”, si bien uno compra la fuerza de trabajo y el otro se debe ocupar de venderla. La fuerza de trabajo pasa a ser la propia (y única) mercancía del trabajador (Marx, citado por Rutledge, 1987: 42). Esta es la manera en que las instituciones del sistema capitalista (llámese el Estado, las políticas de desarrollo comunitario, las leyes laborales) ejercen presión para encauzar las normas sociales de sociedades e individuos marginales, pobres o informales, para que se adapten a las leyes “libres” del mercado.

Las Ciencias Sociales, incluso luego de la profesionalización de la sociología y la antropología (1957-1958), tenían como mandato abocarse al servicio de la modernización nacional. Se hacía necesario acompañar desde la política y la cultura a la modernidad económica. Uno de los conceptos que gozó de gran prestigio en el mundo académico fue el de “marginalidad”, nacido en el DESAL (Chile), en el Departamento de Sociología de la UBA y en el Instituto Di Tella de Buenos Aires. Subyacía la idea de que era necesario desterrar de los países latinoamericanos el empecinado subdesarrollo que estaban sumergidos (Guber y Visakovsky, 2000: 293 y Rutledge, 1987: 20). Sin embargo, en la década del 60, algunos antropólogos de instituciones periféricas, comenzaron a cuestionar la visión dual tradicional vs. moderna. La Antropología social se dedicó a estudiar no ya para ratificar la idea de una Nación civilizada, blanca y moderna, sino a partir de la idea de una sociedad compleja, contradictoria y desigual (Guber y Visakovsky, 2000: 294 y 295). Es así cómo se desarrolló el trabajo etnográfico que enfatizaba las múltiples articulaciones de clase, región y poder en dichas sociedades, estudiando áreas limitadas y considerando un aspecto central y organizador de la sociedad: el acceso a los medios de producción y la venta de fuerza de trabajo (Guber y Visakovsky, 2000: 296). Este tipo de articulaciones dio

lo que respecta a la racionalidad y a la eficiencia, que el empleo de trabajadores libres” (Weber, citado por Rutledge, 1987: 48).

lugar a abandonar la “pretensión de reconstruir lo indio en estado puro, igual que la comunidad folk” (Guber y Visakovsky, 2000: 298), ya que la lectura centrada en patrones económicos, “en virtud de la aculturación, disolvía al indio y constituía al melero, al peón o al obrero” (Guber y Visakovsky, 2000: 298).

Es así como comienza a vislumbrarse que la adaptación misma (y no la resistencia al cambio¹¹) de las clases consideradas marginales al capitalismo es lo que genera marginalidad. El antropólogo Bilbao (citado en Guber y Visakovsky, 2000: 299) sostiene que “marginalidad, subdesarrollo, aislamiento y pobreza (...) no eran consecuencias del conflicto entre lo tradicional y lo moderno, ni de dificultades adaptativas sino de la expansión misma del capitalismo que cobraba distintas formas de explotación. (...) El atraso era, pues, un fenómeno estructural, manifestación de las relaciones de dependencia a nivel nacional, que podía reconocerse fácilmente siguiendo las líneas de la migración y los prejuicios que se elaboraban sobre dichos migrantes (borrachos, ociosos, vagabundos, etc.)”¹². A su vez, el caudillo catamarqueño Varela, en el año 1868, otorga una explicación del atraso y la pobreza del interior que muestra asombrosos puntos en común con Bilbao. Este sostenía que “el interior no se había empobrecido porque su sistema social se resistiera a la modernización, sino a causa de la explotación económica que Buenos Aires ejercía sobre él” (Rutledge, 1987: 13).

Es la Teoría del colonialismo interno (cuyo primer exponente fue Pablo González Casanova) la que constataba que “las áreas atrasadas de Latinoamérica están completamente incorporadas a la economía y a la sociedad de las áreas desarrolladas; pero se trata de un tipo de integración, basado esencialmente en la explotación” (Rutledge, 1987: 21). Esta Teoría subrayaba la importancia de “la unidad estructural existente entre las áreas desarrolladas y las subdesarrolladas, e indicando la relación de dominación y explotación que las primeras ejercen sobre las segundas” (Rutledge, 1987: 24). Lo que el colonialismo

¹¹ En el libro “Os Dois Brasils”, Lambert sostiene que el atraso regional de Latinoamérica se explica por la existencia persistente, dentro de un sector de esos países, de una sociedad tradicional que se cierra y se resiste a las influencias del mundo moderno (Rutledge, 1897: 20).

¹² Marx sostiene que con el desarrollo del capitalismo se produce una intensificación de las relaciones pre-capitalistas: “Pero tan pronto como esos pueblos, cuya producción aún se mueve dentro de las formas más primitivas de trabajo esclavo, servidumbre, etc., se ve envuelta en el torbellino del mercado internacional, dominado por el modo de producción capitalista y la venta de sus productos para la exportación, se convierte en su principal interés; los horrores civilizados del sobre-trabajo, se suman a los horrores bárbaros de la esclavitud, la servidumbre, etc.” (Marx, citado por Rutledge, 1987: 43).

interno intenta demostrar es el carácter multclasista de las sociedades latinoamericanas: es la desigualdad en los términos de intercambio lo que deteriora aún más a los sectores desfavorecidos. Las relaciones centro-periferia dentro del mismo contexto latinoamericano, mostradas por Prebisch, demuestran que, incluso las políticas gubernamentales de sustitución de importaciones destinadas a otorgarle mayor independencia al país, lo que logran es profundizar más la explotación y dominación en las condiciones de intercambio entre regiones más y menos favorecidas por dichas políticas (Rutledge, 1987: 28).

Frente a la hegemonía disciplinaria de las Ciencias Sociales, un grupo de antropólogos que trabajaban en los márgenes de las humanidades y las Ciencias Sociales, elegían a sus objetos empíricos “en los márgenes de la sociedad industrial del centro político y económico argentino”, cobrando suma importancia el tema de la marginalidad, que pasaba a tomar un sentido crítico y no confirmativo de la utopía decimonónica tan vigente en el paradigma de la modernización (Guber y Visakovsky, 2000: 305 y 306). Entre las visiones hegemónicas de las Ciencias Sociales, se encontraba la escuela de Germani, “y de sus investigaciones empíricas sobre la estructura social argentina, con los correspondientes diagnósticos sobre los obstáculos para el desarrollo argentino” (Guber y Visakovsky, 2000: 306).

Frente a la perspectiva dualista, esta vertiente proponía un discurso de integración desde el tradicionalismo a la modernización. La visión de la escuela de Germani proponía un enfoque más culturalista, mientras que el sector marginal de las Ciencias Sociales y Humanidades, tomaban en cuenta lo étnico pero dentro de un contexto de identidades de clase, políticas y provinciales. Así, “las pequeñas localidades (...), eran además de las unidades de estudio desde donde analizar a la Argentina, los segmentos de una totalidad a la que sintetizaban y con la que se articulaban, aunque desde una posición periférica y subalterna” (Guber y Visakovsky, 2000: 309). En lugar del criterio dualista, para estos autores “la oposición centro-periferia denotaba una síntesis de la estratificación clasista y regional, aunque cada una de las regiones no fuera internamente homogénea”, por lo que “los sectores sociales se beneficiaban diferencialmente de su posición periférica”, mientras que “cada región desempeñaba su subalternidad de modo diferente” (Guber y Visakovsky, 2000: 309). Estos autores periféricos, se ubicaban en la periferia del país, “esto es, en el norte, área emblemática del desarrollo desigual de este país, tan próximo a Bolivia y a

Paraguay, tan lejos de Australia y los Estados Unidos. Desde allí esgrimían su crítica sobre el centro: el académico y el económico político” (Guber y Visakovsky. 2000: 310). Evidentemente, la construcción hegemónica de la subalternidad (y las propuestas para su integración a la “civilización”) tomaba como modelo países centrales desde el punto de vista del capitalismo global.

La antropología nacida como ciencia de “lo marginal” tuvo como objetivo la búsqueda de patrimonios culturales ajenos a la modernidad para luego sugerir pautas de integración al proyecto nacional modernizador. Así, la antropología social con su posición de marginalidad crítica, en lugar del dualismo tradicional-moderno, propuso una visión compleja, en la cual era el capitalismo periférico el que creaba “tradicionalismo” (Guber y Visakovsky, 2000: 311).

Conclusiones

Frank, en su ensayo sobre las sociedades indígenas de Latinoamérica, comenta los efectos de la integración de las mismas a la economía capitalista nacional. Sin embargo, su punto de vista es totalmente aplicable al caso de la pobreza e informalidad urbanas. Este sostiene que es esa integración a la economía capitalista de libre empresa la que ha causado la perpetuación e incluso el incremento de la pobreza de los pueblos indígenas. La diferencia en su particular integración estriba en que lo hacen en carácter de víctimas super-explotadas del imperialismo interno capitalista. Una cita textual de su ensayo ilustra de manera magistral este proceso: “...desde el momento en que son parte integrante del sistema capitalista, la muy generalizada política de integrar a los indígenas latinoamericanos a la vida nacional, a través de uno u otro proyecto de desarrollo comunitario, no tiene ningún sentido y está condenada a fracasar...” (Frank, citado por Rutledge, 1987, 31).

No es el aislamiento lo que explica el “atraso” de los indígenas, sino que “las verdaderas causas deben rastrearse y comprenderse en los términos de la...estructura y el sistema capitalista, y en las particulares manifestaciones de subdesarrollo que surgen bajo tal estructura en diferentes circunstancias” (Frank, citado por Rutledge, 1987: 31). La diferencia con la intervención en los sectores informales urbanos estriba que en lugar de hablar de aislamiento, la postura esgrimida está relacionada a una falta de plena adaptación al sistema capitalista moderno. Sin embargo, es la misma estructura que perpetúa e

incrementa la pobreza de los indígenas, la que ejerce el mismo efecto sobre las poblaciones marginales de las grandes urbes.

Bengoa sostiene que la cuestión rural, dentro del contexto de la globalización, se presenta como fuente simbólica de inspiración que permite anclar identidades, permitiendo constituirse como referencia a “relaciones de convivencia, sistemas de pertenencia y sustrato de relaciones primarias, quizás las únicas proveedoras de sentido frente a la acción colectiva globalizada” (Bengoa, 2002: 38). Se hace posible construir una visión de la ruralidad en medios urbanos, ya que el término de subalternidad permite encontrar una diversidad de denominadores comunes entre los 2 ámbitos.

Los proyectos de desarrollo sostenible –y los intentos de cuantificar dicho desarrollo- se basan en el despliegue de una reserva total de recursos, entre los cuales se encuentra el “capital” humano, físico, reproductivo, recursos ambientales, etc. y cuyo común denominador a todos estos proyectos es que ninguno parece dar la más alta prioridad a las necesidades humanas (Cuello y Durbin, 2006: 3 y 4). Por otro lado, Sachs sostiene que “la metáfora biológica de la evolución de la naturaleza ha sido convertida en una metáfora económica –desarrollo- y luego, en un imperativo para todo el género humano. El resultado es el trato de la gente, la sociedad en su conjunto y la naturaleza como simples recursos para el desarrollo económico” (Sachs, citado por Cuello y Durbin, 2006: 7).

A la hora de diseñar los proyectos de desarrollo sostenible (generalmente en oficinas gubernamentales o de ONG’s), sostiene Sachs que se hace etiquetando a las cosas como recursos, conduciendo a “quitarles cualquier identidad protectora que éstas puedan tener y abrirlas a la intervención desde el exterior” (Sachs, citado por Cuello y Durbin, 2006: 7). “Considerar el agua, los suelos, la gente como recursos los convierte en objetos para la administración por parte de los planificadores, y para la tasación por parte de los economistas” (Sachs, citado por Cuello y Durbin, 2006: 7 y 8).

Los intentos de insertar a los pobres dentro del marco de la globalización para que puedan insertarse adecuadamente en el mercado laboral parece contradictoria, ya que según Redclift, “el análisis histórico muestra que los contactos internacionales casi siempre han significado exportación de capitales y recursos naturales, a menudo a expensas del trabajo local (Cuello y Durbin, 2006: 4). Este autor propone el traspaso del poder político a los

trabajadores a fin de que éstos puedan establecer sus propias metas de desarrollo, seguramente con mucho menor daño ambiental que la vía tradicional de desarrollo (Cuello y Durbin, 2006: 5).

Los que propugnan el desarrollo sostenible (especialmente para los sectores pobres) consideran que “la conducta eficiente se expande a expensas de la conducta cultural”, socavando “las nociones no-económicas de la vida buena y decorosa” (Sachs, citado por Cuello y Durbin, 2006: 8). Esto es también una presunción de “los especialistas en análisis de riesgo/costo/beneficio” (Cuello y Durbin, 2006: 9), quienes brindan asesorías técnicas a gobiernos o al sector privado, presumiendo que “los hechos son separables de los valores” y que “el basar las decisiones en hechos objetivos” (incluso dicen estar liberados de prejuicios) “es lo que hace racionales a estas decisiones” (Cuello y Durbin, 2006: 9). Esta racionalidad económica aplicada a todos los ámbitos de la vida considera que el mismo carácter de la realidad es cuantificable en dinero, por lo que es posible cuantificar monetariamente incluso actividades espirituales. El objetivo debe ser, de acuerdo a esta visión de la realidad, la utilidad económica propia en la dinámica económica de “satisfacción de necesidades”, dentro de un planteamiento ético eminentemente individualista y utilitario: todo se reduce a costo y beneficio.

El tratamiento del trabajador como un “recurso” proviene de una autonomización de la esfera económica y la consiguiente impersonalización del trabajo y la funcionalización del trabajador. Toda búsqueda de felicidad o cualquier otra valoración ética de la vida quedan fuera del análisis racional económico. Es una falacia considerar al estancamiento como opuesto al desarrollo, pensamiento basado en visiones duales de la sociedad tanto como la dicotomía atrasado/avanzado o tradicional/moderno. No se debe olvidar, a modo de ejemplo, que el efecto invernadero que sufre el clima de la Tierra proviene de regiones consideradas “avanzadas”.

Bengoa sostiene que en los últimos 10 años, en lugar de discutirse la misma tendencia modernizadora, se analizan casos locales y específicos y su forma de reubicarse, adecuarse, integrarse o resistirse a esa modernización. Así, encuentra mucho más fructífero e interesante buscar aquellos casos en los cuales determinados grupos se retraen del mercado, sumergiéndose en la subsistencia como reacción negativa a las tendencias modernizadoras

(Bengoa, 2002: 59). Si el entorno rural puede constituir una referencia identitaria frente a los embates de los programas de inserción al mercado por parte de diversos entes públicos, entonces, como diría Bengoa, “vivir en la subsistencia es a condición de tener mucho que decir y contar, mucha cultura que compartir y perder, mucha amistad y camaradería, muchos ritos comunitarios, mucha sociabilidad” (Bengoa, 2002: 59).

Hemos visto que, por lo general, la intervención en la construcción de identidades en la pobreza urbana viene de la mano de una explicación economicista. Sin embargo, como agrega Bengoa, “hablar de identidad es conversar acerca de supervivencia, no tanto al nivel de la economía sino sobre todo al nivel de la reconstrucción cultural de la comunidad rural en la modernidad” (Bengoa, 2002: 60). Es difícil saber cuáles son los elementos utilizados para la reconstrucción cultural en sectores urbanos marginales, pero se hace perentorio, como constata Bengoa, “construir un relato para sobrevivir en la modernidad, un discurso identitario que permita la coherencia interna, ordene el sentido de la acción, tanto individual como colectiva y posibilite un derrotero” (Bengoa, 2002: 61). “El bien máspreciado de los seres humanos hoy por hoy, es la capacidad de otorgarle significado a las cosas” (Bengoa, 2002: 90)¹³.

“Sólo las múltiples y diversas culturas del mundo y en particular del llamado mundo subdesarrollado, pueden ofrecernos una esperanza” (Cuello y Durbin, 2006: 8) y “sólo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza” (Benjamín, citado por Marcuse, 1984: 222).

¹³ Sin embargo, es necesario reconocer que muchas veces la respuestas de los sectores informales urbanos frente a los programas de desarrollo de sectores hegemónicos es de adaptación a los mismos y a su ideología, ya que la modernización puede dar lugar a cambios en el imaginario social en el que el modelo a seguir es el de clase media urbana, aunque persistan las condiciones de pobreza. La construcción de identidades trabaja con este imaginario para integrar a los pobres al mercado. Como sostiene Bengoa, “la vida azarosa, la aventura de lo desconocido, el imaginario de ganar dinero y volver a casa con lo necesario para pasar el año, sigue siendo común a miles y miles de personas en América Latina” (Bengoa, 2002: 80). La ciudad (su sector moderno) es vista como prometedora de realización personal *individual*, y es posible que la razón de esto sea ya que la salida propuesta de los programas de desarrollo en los sectores informales urbanos es también *individual*.

Bibliografía

Bengoa, José, “25 años de estudios rurales”, Revista Sociologías, Porto Alegre, año 5, N° 10, julio-diciembre de 2003.

Bergesio, Liliana, “Los estudios sobre el sector informal urbano en América Latina: El caso de la escuela estructuralista presentada por OIT/PREALC”, artículo presentado en el Congreso argentino de antropología, Salta, 2004.

Cortés, Fernando en De la Garza, Enrique (Comp.), *Tratado Latinoamericano de Sociología*, Fondo de cultura económica, México, 2000.

Cuello, César y Durbin, Paul, “Desarrollo sostenible y filosofía de la tecnología”, publicación electrónica de la OEI, 2006.

Guber, Rosana y Visakovsky, Sergio, “La antropología social en la Argentina de los 60 y 70. Nación, marginalidad crítica y el otro interno”, Revista Desarrollo económico, vol. 40, N° 158, julio-septiembre de 2000.

Marcuse, Herbert, “El hombre unidimensional”, Ed. Hyspamérica, Barcelona, 1984.

OIT, Oficina de actividades para los trabajadores, *Más allá de la supervivencia: organizar la economía informal*, Ginebra, 2006.

Rutledge, Ian, “Cambio agrario e integración: El desarrollo del capitalismo en Jujuy: 1550-1960”, ECIRA y CICSO, Jujuy, 1987.